

el sueño de ruby

Helena Pinén



Elliott Blake solo había querido una cosa en su vida: el rancho El Sueño. Pero cuando ya lo creía en su poder, una forastera había llegado reclamándolo como suyo. La pelirroja había llegado al pueblo pisando fuerte y su nuevo vecino no estaba preparado para la batalla.

Ruby Taylor no había tenido una vida fácil y su carácter se había resentido por ello. Ahora, tenía la oportunidad de redimir todo lo que había hecho mal. Podía devolverle al rancho familiar su esplendor, pero Elliott no se lo iba a poner nada fácil.

Sin saberlo, Elliott y Ruby se sumergirán en una aventura plagada de deseo, inseguridades, amistad... ¿y amor?

¿Sucumbirá Ruby al fuego que Elliott despierta en ella o seguirá fingiendo ser de hielo?

Índice de contenido

Cubierta

El sueño de Ruby

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Para todos los que habéis creído en mí

Capítulo 1

Elliott Blake estaba lleno de energía aquella mañana y no necesitó que sonase el despertador para levantarse y bajar a dar su habitual paseo matutino a caballo.

Cabalgó durante un buen rato, observando la tierra y comprobando con ojos críticos que el ganado no había pasado mala noche, por la tormenta que estalló a eso de las dos de la madrugada. Todo estaba en orden.

Cuando regresó al rancho, sus hermanos pequeños ya se habían levantado y sus camionetas no estaban aparcadas frente al porche delantero, como solían hacer cuando se entretenía dando vueltas por la finca. Se habían ido a desayunar sin él, cosa que no le importó, puesto que eran muchos los días en los que se encontraban en la cafetería del pueblo cuando terminaba su rutina.

Elliott se duchó y se arregló la barba, que odiaba llevar desaliñada. Todos los poros de su piel desprendían felicidad y seguridad en sí mismo, así como su tarareo constante mientras terminaba de vestirse y conducía su polvorienta camioneta roja.

El sol brillaba como nunca y el cielo estaba sereno, sin ninguna nube que estropease tal obra de arte, como si estuviera de acuerdo con su estado de ánimo.

Lo cierto era que Elliott se sentía capaz de comerse el mundo en esos instantes, al mismo tiempo que se sentía estúpido por no poder dejar de sonreír.

Era el día que llevaba años esperando. El día que cambiaría el resto de su vida para siempre. Por fin, el rancho del viejo William White sería suyo.

Aunque adoraba vivir con sus hermanos, Elliott siempre había sabido que su destino estaba en el rancho El Sueño. Desde bien pequeño supo que aquella finca, de tierras colindantes a las de su familia, terminarían en su poder. Aunque el cascarrabias de White jamás quiso vendérselo, ese día todo iba a cambiar.

White había muerto y no tenía ningún heredero, puesto que su insoportable carácter lo había dejado soltero y sin hijos hasta sus últimos días, y su única familia era una hermana que se marchó del pueblo para fugarse con el hombre de sus sueños, cortando contacto con su tozudo e insufrible hermano hacía ya unas tres décadas.

Ya que no había herederos, compraría el rancho en subasta a precio de ganga, puesto que nadie del pueblo se atrevería a pujar contra él, uno de los hombres más temidos y respetados de West Snake, y así, El Sueño, sería suyo antes del atardecer.

Por fin podría reformar la vieja casa que White había descuidado desde bien joven. Podría tener su propio ganado sin necesidad de compartir gastos ni beneficios con sus hermanos, y ampliaría y mejoraría las cuerdas, para tener sus propios caballos. Podría tener muchos más animales a su cuidado. Podría cultivar sus propias tierras y no rendir cuentas a nadie. Sería su propio jefe.

Sonaba magnífico y alentador.

No sería la competencia para sus hermanos, por supuesto, pero sabía que, con su nombre y apellido, tenía el mercado de ganado y rodeo abierto de par en par para él.

Por fin, comprando aquel rancho, podría dejar atrás la imagen del chico rebelde que fue antes de la muerte de sus padres. No se arrepentía de los puñetazos que había dado, o de todo el alcohol gastado en curarse heridas en la nariz o en las cejas. Pero tampoco estaba orgulloso de ha-

ber sido un bala perdida antes de tener que ocuparse de la finca y de sus hermanos.

El rancho del viejo William no solo era la posibilidad de labrarse un futuro por sí solo, sino que además lo haría sentirse un hombre de bien, capaz de tener una casa y un trabajo estable. Se demostraría a sí mismo que era el hombre que su madre había querido que fuese.

Detuvo la camioneta a una manzana de la cafetería del pueblo, y cuando caminaba hacia ahí, todavía cantando alguna cancioncilla mentalmente, puede que incluso silbándola, se sorprendió al ver una preciosa e imponente moto negra detenerse delante la puerta de la cafetería.

—¡Qué preciosidad!

Se paró en seco y escondió las manos en los bolsillos del pantalón tejano.

De aquella impresionante Harley Davidson bajó una mujer de cuerpo escultural que se quitó el casco con suavidad y seguridad. A Elliott se le secó la boca cuando vio cómo una cascada de pelo ondulado caía sobre sus hombros. Aquel color de pelo no podía ser natural pensó, puesto que no existía un rojo pasión tan perfecto ni tan bello. Era como si cada fina hebra de cabello fuera un rubí resplandeciente que se burlase del brillo del sol, como si el fuego se hubiera adueñado de su melena.

—Otra preciosidad...

Sin saber por qué, la imagen de aquellas hebras de color rubí enredadas en sus dedos apareció en su mente y se puso tenso. Una oleada de calor empezó a recorrer sus músculos y a acelerarle el corazón.

«Deseo».

La forastera, que llevaba gafas de sol de estilo aviador, le sonrió y lo saludó con dos dedos al puro estilo militar.

Madre mía, qué mujer. Elliott daría lo que no tenía con tal de saber cómo era aquel cuerpo bajo los estrechos pantalones de cuero negro, la camiseta del mismo color o de la cazadora, que le daba un toque peligroso y muy sensual.

Darí­a lo que no tenía con tal de sentir el roce de su piel bajo la suya.

Cuando la forastera pelirroja se inclinó para coger una pequeña mochila, que debía servirle como bolso, sus ojos se clavaron en su trasero perfecto, pero algo más llamó su atención. El hombre vio una enorme maleta de piel que iba a conjunto con su ropa, que estaba estratégicamente atada a la moto.

Elliott se preguntó entonces qué hacía aquella mujer en West Snake. Aquel pueblo era pequeño y polvoriento, muy aburrido incluso para la mayoría de gente que vivía en él. Ningún forastero pretendía pasar ahí más de una noche y, si podía evitarlo, ni siquiera llegaba a ese extremo.

Ella lo ignoró y, contoneando sus preciosas caderas, enfiló el corto caminito de grava hacia la puerta de la cafetería. Elliott decidió seguirla, porque también era ese su destino, para deleitarse con las vistas. Caminaba como una modelo, pero el instinto masculino de Elliott, que era infalible, le aseguró que la pelirroja no sabía que andaba con tanto estilo.

En cuanto entró, se percató de que nadie se había dado cuenta de su presencia. Todos los ojos estaban fijos en la mujer envuelta en cuero que caminaba hacia la barra con paso decidido sobre sus botines de tacón grueso.

Aquella forastera era realmente sexy, con el casco despreocupadamente apoyado en la cadera, y la melena botando contra la espalda a cada paso que daba.

Se sentó en un taburete, delante de la barra, y Elliott supo que muchos hombres habían tragado saliva ante el gesto, que había sido inocente y despreocupado. Aquella mujer poseía una sensualidad natural demasiado magnética como para ser ignorada.

—Buenos días —le saludó Sophie, la regenta del bar que, a pesar de sus casi setenta años, seguía estancada en la moda de los sesenta—. ¿Qué te pongo, forastera?

La mujer se puso las gafas de sol sobre la cabeza con un gesto rápido, y el ranchero pudo imaginársela perfectamente sonriéndole a Sophie, agradecida por su cándido y alegre tono de voz.

Elliott, sin llegar a oír el pedido de la desconocida, caminó a paso ligero hacia la barra, donde sus hermanos lo esperaban. Kane era un cabrón con suerte, porque ella se había sentado a su lado y él estaba ahora sonriendo cómo un felino, preguntándose si aquella pelirroja podría sucumbir a sus encantos.

—Eh, Elliott —su otro hermano, Travis, le palmeó el hombro en cuanto se sentó entre ellos dos, como era habitual—. Ya era hora de que llegases. ¿Acaso se te han pegado las sábanas en un día como hoy?

—Imposible —dijo con una sonrisa de oreja a oreja y, momentáneamente, se olvidó de la pelirroja explosiva—. Gracias —se dirigió a la joven nieta de Sophie, que acababa de dejarle delante una taza de café y un plato de beicon con huevos.

—¡Eh, Blake! —gritó Chester Mills—. ¡Hoy, al fin, el rancho del idiota de White será tuyo!

Elliott le miró por encima del hombro y sonrió, levantando la taza de café a su salud, dándole totalmente la razón.

Sí, por fin podría tener su propia casa. Elliott sabía que una vez que aquella casa pareciese un hogar, la mujer de su vida llegaría.

No era un tonto sentimental, pero creía que las cosas llegaban cuando todo estaba previsto para ello. No tenía prisa, pero a sus treinta y cinco años, sabía que necesitaba una mujer que alegrase sus mañanas y calentase sus noches.

Pero eso no sería posible si seguía viviendo con sus hermanos, si seguía siendo el hermano Blake que no era capaz de valerse por sí mismo. Tenía que demostrar a las mujeres que era un buen partido, que su pasado de chico malo había quedado atrás. Su hermano Kane tenía la teoría de que

los chicos que iban de rebeldes solamente servían para pasárselo bien, mientras que los que se mostraban centrados eran los que más llamaban la atención para formar un nido familiar.

—Eso, Elliott —dijo también en voz alta el desdentado Albert—. ¡Patea la tumba de ese tipo y demuéstrole que al final ese rancho ha terminado siendo tuyo!

Toda la cafetería estalló en aplausos y risas ante el comentario. Todos en West Snake sabían cuánto le había insistido Elliott a William para que le vendiera el rancho. Todos sabían también que, cada vez que lo había intentado, se había llevado una negativa. Ni siquiera pudo convencerlo cuando White empezó a pensar más en el licor que en sus obligaciones como ranchero.

Aunque aquel tipo le parecía un irresponsable, cascarrias y un descuidado, Elliott debía admitir que admiraba su tenacidad a negarse a desprenderse de lo único que poseía.

—Oye, hermanito —bromeó entonces Kane, llamando la atención de todos, posiblemente porque quería que la forastera lo mirase de reojo, aunque solamente fuese una vez—, esta noche nos tienes que invitar a una buena ronda para celebrar que ese rancho ya es tuyo.

Todos los que estaban recargando sus baterías con una buena dosis de pesada cafeína levantaron sus tazas al unísono, apoyando aquella jugarreta del pequeño de los hermanos Blake. El alcohol era bueno en aquella parte del país, pero si además era gratis porque otro pagaba, sabía aún mejor.

Elliott, que estaba radiante de felicidad porque pronto su sueño iba a convertirse en realidad, palmeó la barra con fuerza, dando su consentimiento.

Los gritos de júbilo llenaron la cafetería durante un par de minutos. Palmadas en el hombro, sonrisas de oreja a oreja. Todo era felicidad, y Elliott estaba contento de formar parte de la causa. No era difícil ser parte de aquella

gran pequeña comunidad, pero siempre caldeaba el corazón darse cuenta de que se formaba parte de ella. West Snake era una familia, con sus altibajos, sus diferencias económicas... Pero sus integrantes siempre se protegían entre ellos.

La forastera pelirroja bajó de su taburete en ese momento, y sus tacones resonaron sobre el suelo de madera, sacándolo así de su ensimismamiento. ¿Por qué a Elliott le había parecido que aquel sonido se parecía extremadamente al mazo de un juez que ya tenía un veredicto?

Todos los ojos volvieron a posarse en ella, aunque posiblemente nadie se había olvidado de su presencia. Las voces se acallaron y las sonrisas se congelaron.

La pelirroja caminó hacia la puerta de salida, todavía sin haber abierto la boca, pero a medio camino se detuvo y se volvió hacia Elliott.

Dios mío, pensó el vaquero, aquella mujer tenía unos ojos de gato que seguramente brillaban en la oscuridad. Todo en ella era hipnotizante, exótico y llamativo.

Para su sorpresa, la pelirroja sonrió de medio lado, dejándolo fuera de combate, como si una bala le hubiera alcanzado en el centro del pecho y en sus partes más nobles. Tenía una sonrisa devastadora. Su pintalabios seguía intacto, como si no se hubiese tomado ningún café ni se hubiese comido un par de tortitas con sirope de chocolate.

A Elliott le encantaría borrar el maquillaje rojo a besos y mordiscos.

«¿De dónde había salido ese pensamiento?»

—¿Yo también estoy invitada a esa ronda?

Las palabras flotaron en el aire, tomando a la mayoría de los allí presentes por sorpresa. La mujer era atrevida y coqueta, y muchos hombres tuvieron que echar mano a sus cafés para tragar saliva sin dificultad.

¿Era cosa de Elliott o la temperatura había subido mucho en los últimos diez segundos? Una gota de sudor amenazó con lamerle la nuca.

Los hermanos Blake miraron a su hermano mayor, obligándolo con la mirada a decir que sí. Aquella mujer podía ser la siguiente conquista de cualquiera de ellos, o de cualquier hombre decente de West Snake. ¡Solo un tonto le negaría que acudiera a una fiesta!

—Por supuesto —respondió Elliott, y desplegó su sonrisa más encantadora y sensual. Si esa mujer tenía que acabar en una cama del pueblo, sería en la suya.

—Perfecto. Intentaré ser... puntual —musitó con las cejas ligeramente enarcadas.

La forastera sonrió con más confianza, como si guardase algún secreto para sí misma y se tragase la risa, pero Elliott no se daba cuenta de esos pequeños detalles, estaba fascinado, embrujado.

Observó, babeando por ella, cómo la forastera se colocaba mejor el casco contra la cadera y, con la mano libre, se bajaba las gafas de sol antes de marcharse definitivamente de la cafetería. El tintineo de la puerta quedó atrás y de ella solo quedó la estela de su perfume y el recuerdo de su carmín.

—Menuda mujer —comentó con voz ronca Travis. Sus dos hermanos asintieron, absortos por su belleza imponente y llamativa—. Elliott, ni se te ocurra seducirla.

—¿Y por qué no? —susurró él, alzando las cejas, divertido porque su hermano estuviera con la mirada perdida.

Travis tamborileó los dedos sobre la barra, haciéndose un poco de rogar.

—Porque tú hoy te llevarás el rancho que llevas años queriendo. Yo creo que he encontrado a la mujer de mi vida. —Una media sonrisa apareció en sus labios, y sus ojos se oscurecieron como el chocolate fundido.

—Esa pelirroja podría ser también la mujer de la mía. —Rio Kane, con una mirada de lo más pícara.

Las bromas sobre la pelirroja estuvieron presentes durante unos pocos minutos más entre los hermanos, aunque Elliott pronto dejó de ser partícipe en ellas. Kane y Travis

podrían decir lo que quisieran, pero aquella mujer acabaría probando al hermano mayor de los Blake. No terminaría con ninguno de ellos, sino con él.

Estaba tan seguro de ello como que El Sueño de White sería suyo antes del atardecer.

Capítulo 2

Ruby estaba agotada, y por eso se desplomó en la silla del abogado y notario de West Snake. Ni siquiera el café que había tomado en la cafetería hacía quince minutos la había animado, y eso que su organismo era sensible a la cafeína que no iba acompañada con una buena dosis de leche y se tornaba hiperactiva en cuestión de minutos.

Supuso que el cansancio acumulado le estaba pasando factura.

Cuando había recibido la llamada del hospital en la que le habían comunicado la muerte de su tío, estaba metiéndose en la cama tras una noche donde los tacones, los vestidos largos y las copas de champán francés no habían faltado.

Maldito fuera su jefe, que la obligaba a asistir a estúpidas fiestas aun estando de baja.

Tras más de veinticuatro horas despierta, soportando una noche de sonrisas falsas, y pavoneándose, incómoda pero elegantemente vestida con un vestido de seda carísimo, como una mujer florero, no había sido agradable saber que el hermano de su madre había muerto, solo, en la cama de un hospital, y que su rancho iba a ser subastado en pocos días si no aceptaba la herencia que le había dejado en el último momento... a ella.

Antes de empaquetar algo de ropa y subirse a su Harley para cruzar casi toda Australia, había dormido un par de horas. Ya no era una adolescente y trasnochar, llegar a casa